



Un "dvornik" inteligente

Anton Chejov

De pie, en el centro de la cocina, el *dvornik* Filipp moralizaba. Sus oyentes eran los lacayos, el cochero, dos doncellas, el cocinero, la cocinera y dos pinches, sus hijos. Todas las mañanas moralizaba sobre algo, siendo en aquella el tema de su discurso *la instrucción*.
–¡Todos vosotros –decía, sosteniendo con las manos un gorro con insignia de metal– vivís cochinamente!... ¡Os pasáis el tiempo ahí sentados y no se os ve más que ignorancia!... ¡No se os ve civilización!... ¡Mischka, jugando al ajedrez! ¡Matriona, cascando nueces!... ¡Nikifor, siempre a vueltas con sus chufas!... ¿Es eso acaso *inteligencia*?... ¡Eso no es inteligencia?... ¡Eso es pura tontería!... ¡Vosotros no tenéis ni una chispa de *inteligencia*... ¿Y por qué?
–¡Desde luego, Filipp Nikandrich –observó el cocinero–, ya se sabe!... ¿Qué inteligencia va a tener uno?... ¡La del *mujik*... ¿Qué va uno a comprender?
–¿Y por qué os falta inteligencia?... ¡Porque no arrancáis de un verdadero punto!... ¡No leéis libros, y para lo tocante a lo escrito, no tenéis ningún sentido!... ¡Si a menos cogierais

un librejo, os sentarais y leyerais!...
¡Seguro que sois alfabetos y que comprenderéis lo que está impreso!... ¡Tú, por ejemplo, Mischka, si cogierais un libro y leyeras..., sería un gran provecho para ti y de mucho gusto para los demás!... ¡En los libros, sobre todo, hay una extensión muy grande!... Allí verás que te hablan de la Naturaleza, de lo divino, de los países terrestres!... ¡De que si esto se hace de lo otro... de las diversas gentes que hay... de los idiomas que hay!... También del paganismo... ¡Sobre todas las cosas encontrarás tema en los libros... sólo hay que tener ganas de buscarlas!... Pero vosotros... ahí os estáis sentados junto a la estufa sin hacer más que zampar y beber!... ¡Exactamente como las bestias!... ¡Pfú!...
–Ya es hora de que se vaya a la guardia, Nikandrich –observó la cocinera.
–¡Lo sé!... ¡No eres tú la que tiene que hacerme observaciones!... ¡Esto, por ejemplo!... ¡Digamos, yo!... ¿En qué puedo yo ocuparme a mi edad?... ¿Con qué puede uno satisfacer el alma?... ¡Para eso no hay cosa mejor que un libro o un periódico! Ahora me voy a la guardia... Me estaré tres horas junto a la puerta cochera..., pero ustedes pensarán que me voy a pasar el tiempo bostezando o charlando con las babas. ¡Nada de eso! ¡Yo no soy así!... Cogeré un librito y me pondré a leer muy a gusto. ¡Eso es!
Y Filipp, sacándose del gorro un libro deteriorado, lo deslizó entre sus ropas.
–¡Así es mi ocupación! Desde que era un crío me acostumbré a que "la sabiduría es luz y la ignorancia tinieblas..." ¿Con seguridad habéis oído eso?... ¡Así es!
Después Filipp se caló el gorro, y mascullando abandonó la cocina. Una vez fuera, con nublado semblante, tomó asiento junto al portalón.
–¡No son personas!... ¡Son unos químicos cochinos! –masculló con el pensamiento siempre en la gente de la cocina. Luego, apaciguándose, sacó un libro, lanzó un suspiro con mucha dignidad y se puso a leer.
"¡Tan bien escrito está que no cabe cosa mejor!", pensó, moviendo la cabeza al terminar la lectura de la primera página-. ¡Cuánta sapiencia ha concedido el Señor!

El libro, de edición moscovita, era un buen libro: *El cultivo de las hortalizas. ¿Tenemos o no necesidad de la calabaza?... Después de leídas las dos primeras hojas, el dvornik movió la cabeza con un gesto lleno de significación, y tosió:*

–¡Todo está muy bien dicho!

Terminada la lectura de la tercera página, Filipp quedó pensativo; sentía deseos de meditar sobre la educación y, sin saber por qué, sobre los franceses. Reclinó la cabeza en el pecho y apoyó los codos en las rodillas. Sus ojos se entornaron.

Y Filipp tuvo un sueño. Vio cómo todo había cambiado: la tierra era la misma, las casas las mismas, el portalón el mismo, y, sin embargo, la gente completamente distinta. ¡Todos eran muy sabios! No había ningún tonto, y por las calles andaban franceses y más franceses. Hasta el propio aguador reflexionaba de este modo: "He de confesar que no me siento nada satisfecho del clima. Voy a consultar el termómetro". Mientras esto decía, sostenía un grueso libro entre las manos.

"Lo que tiene que hacer es leer el calendario –le contestaba Filipp".

La cocinera, aunque necia, también se mezclaba en las conversaciones inteligentes y se permitía observaciones. Filipp se dirigió a la Comisaría a hacer la inscripción de inquilinos, y por extraño que parezca, incluso en este severo lugar sólo se hablaba de temas inteligentes. Por todas partes, por encima de las mesas, se veían libros... He aquí, sin embargo, que alguien se acercaba al lacayo Mischa y, dándole un empujón, le gritaba:

–¿Te has dormido?... ¿Te pregunto si te has dormido?

–¡Te duermes estando de guardia, estúpido!

–oye decir Filipp a una voz tronante–.

¿Duermes, canalla?... ¿Bestia?

Filipp se levanta de un salto y se restriega los ojos. Ante él se encuentra el ayudante del jefe de Policía del distrito.

–¡Hum!... ¿Conque estabas dormido?...

¡Buena multa voy a ponerte, bestia! ¡Ya te enseñaré yo a dormirte mientras estás de guardia!

Dos horas después, el *dvornik* es reclamado

en la Comisaría. Luego vuelve a la cocina. Todos aquí, impresionados por sus sermones, hallábanse sentados alrededor de la mesa, escuchando a Mischa deletrear algo. Filipp, con el rostro nublando, rojo, se acercó a Mischa, y dando con la manopla de su guante un golpe sobre el libro, dijo sombríamente:
-¡Déjate de todo eso!

Un Padre de Familia

ANTON CHEJOV

Lo que contaré sucede, generalmente, después de perder al juego o después de una borrachera o un ataque estomacal. Stefan Stefanovich Gilin se despierta de pésimo humor. Refunfuña, levanta las cejas, se le eriza el pelo; su rostro es cetrino; se diría que le han ofendido o que algo le produce repugnancia. Se viste despacio, bebe su agua de Vichy y va de una habitación a otra.
-Quisiera yo saber quién es el animal que cierra las puertas. ¡Que quiten de ahí ese papel! Tenemos veinte criados, y hay menos orden que en una taberna. ¿Quién llama? ¡Que el diablo se lleve a quien viene! Su mujer le advierte:
-¡Pero si es la institutriz que cuidaba a nuestro Fedia!...
-¿A qué ha venido? ¿A comer de arriba?
-No hay modo de comprenderte, Stefan Stefanovich; tú mismo la invitaste, y ahora te enojas.
-Yo no me enojo; me limito a dejar una constancia. Y tú, ¿por qué no te ocupas en algo? Es imposible estar sentado, con las manos cruzadas y peleando. Estas mujeres son incomprensibles. ¿Cómo pueden pasar días enteros en la ociosidad? El marido trabaja como un buey, como una bestia de carga, y la mujer, la compañera de la vida, se queda sentada como una muñequita; no hace nada; sólo busca la ocasión de pelearse con su marido. Es ya tiempo de que dejes esos hábitos de señorita; tú no eres una señorita; tú eres una esposa, una madre. ¡Ah! ¿Vuelves la cabeza? ¿Te duele oír las verdades amargas?
-Es extraordinario. Esas verdades amargas las dices sólo cuando estás mal del hígado.
-¿Quieres buscarme las cosquillas?
-¿Dónde estuviste anoche? ¿Fuiste a jugar a casa de algún amigo?

-Aunque así fuera, nadie tiene nada que ver con ello. Yo no debo rendir cuentas a nadie. Si pierdo, no pierdo más que mi dinero. Lo que se gasta en esta casa y lo que yo gasto a mí me pertenece. ¿Lo entiende usted?, me pertenece.

En el mismo tono continúa incesantemente. Pero nunca Stefan Stefanovich aparece tan severo, tan justo y tan virtuoso como durante la comida, cuando toda la familia está junto a él. Cierta actitud empieza desde la sopa. Traga la primera cucharada, hace una mueca y deja de comer.

-¡Es horroroso! -murmura-; tendré que comer en el restaurante.

-¿Qué hay? -pregunta su mujercita-. La sopa, ¿no está buena?

-No. Hace falta tener paladar de perro para tragar esta sopa. Está salada. Huele a trapo. Las cebollas flotan deshechas en trozos chiquitos y parecen bichos... Es increíble. Amfisa Ivanova -exclamó dirigiéndose a la institutriz-. Diariamente doy una buena cantidad de dinero para los víveres; me privo de todo, y vea cómo se me alimenta. Seguramente existe el propósito de que deje mi empleo y que yo mismo me meta a cocinar.

-La sopa está hoy muy sabrosa -hace notar la institutriz.

-¿Sí? ¿Le parece a usted? -replica Gilin, mirándola fijamente-. Después de todo, cada uno tiene su gusto particular; y debo advertir que nuestros gustos son completamente diferentes. A usted, por ejemplo, ¿le gustan los modales de este niño?

Gilin, con un gesto dramático, señala a su hijo, y añade:

-Usted está encantada con él, y yo, simplemente, me indigno.

Fedia, niño de siete años, ojeroso, enfermizo, deja de comer y baja los ojos. Su cara se pone pálida.

-Usted -agrega Stefan Stefanovich- está encantada; pero yo me indigno de veras. Quién lleva la casa, lo ignoro; me atrevo a pensar que yo, como padre que soy, conozco mejor a mi hijo que usted. Observe usted, observe cómo se sienta. ¿Son esos los modales de un niño bien criado? ¡Siéntate bien! Fedia levanta la cabeza, estira el cuello y

se figura estar más derecho. Sus ojos se llenan de lágrimas.

-¡Come! Toma la cuchara como te han enseñado. ¡Espera! Yo te enseñaré lo que has de hacer, mal muchacho. No te atreves a mirar. ¡Mírame de frente!

Fedia trata de mirarlo de frente; pero sus facciones tiemblan y las lágrimas llenan sus ojos.

-¡Vas a llorar! ¿Eres culpable, y aún lloras? Vete a un rincón, ¡bruto!

-¡Déjale, al menos, que acabe de comer! - interrumpe la esposa.

Fedia, convulso y tembloroso, abandona su asiento y se ubica en el ángulo de la habitación.

-Más te castigaré todavía. Si nadie quiere ocuparse de tu educación, soy yo quien se encargará de educarte. Conmigo no te permitirás travesuras, llorar durante la comida, ¡bestia! Hay que trabajar; tu padre trabaja; tú no has de ser más que tu padre. Nadie tiene derecho a comer de arriba. Hay que ser un hombre.

-¡Acaba, por Dios! -implora su mujer, hablando en francés-. No nos avergüences ante los extraños. La vieja lo escucha todo y va a contarlo a toda la vecindad.

-Poco me importa lo que digan los extraños -replica Gilin en ruso-. Amfisa Ivanova comprende bien que mis palabras son justas. ¿Te parece a ti que ese grosero me dé muchos motivos de alegría? Oye, pillete, ¿sabes tú cuánto me cuestan? ¿Te imaginas que yo fabrico el dinero, o que me lo dan de balde? ¡No llores! ¡Cállate ya! ¿Me escuchas, o no? ¿Quieres que te dé de palos? ¡Granuja!...

Fedia lanza un quejido y solloza.

-Esto es ya imposible -exclama la madre, levantándose de la mesa y arrojando la servilleta-.

Es imposible comer tranquilos. Los manjares se me atragantan.

Se cubre los ojos con un pañuelo y sale del comedor.

-¡Ah!, la señora se ofendió -dice Gilin sonriendo malévolamente-. Es delicada, en verdad, lo es demasiado. ¡Ya lo creo, Amfisa Ivanova! No le gusta a la gente oír las verdades. ¡Seré yo quien acabe por tener la culpa de todo!

Transcurren unos minutos en completo silencio.

Gilin se da cuenta de que nadie ha tocado aún la sopa; suspira, se fija en la cara descompuesta y colorada de la institutriz, y le pregunta:

-¿Por qué no come usted, Bárbara Vasiliena?
¡Usted también se habrá ofendido, seguramente!
¿La verdad no es de su agrado? Le pido mil perdones. Yo soy así. No puedo mentir. Yo no soy hipócrita. Siempre digo la verdad lisa y llana. Pero me doy cuenta de que aquí mi presencia es desagradable. Cuando yo me hallo presente, nadie se atreve a comer ni a hablar. ¿Por qué no me lo hacen saber? Me marcharé...; me voy...

Gilin se pone en pie, y con aire importante se dirige a la puerta. Al pasar frente a Fedia, que sigue llorando, se detiene, echando atrás la cabeza con arrogancia, y pronuncia estas frases:

-Después de lo ocurrido, puede usted recobrar su libertad. No me interesaré más por su educación. Me lavo las manos. Le pido perdón si, deseando con toda mi alma su bien, lo he molestado, así como a sus educadores. Al mismo tiempo declino para siempre mi responsabilidad por su futuro.

Fedia solloza con más fuerza. Gilin, cada vez más importante, vuelve la espalda y se retira a una habitación. Una vez que durmió la siesta, los remordimientos le asaltan. Se avergüenza de haberse comportado así ante su mujer, ante su hijo, ante Bárbara Vasiliena, y hasta teme acordarse de la escena ocurrida poco antes. Pero tiene demasiado amor propio y le falta valor para mostrarse sincero, limitándose a refunfuñar.

Al despertar, al día siguiente, se siente muy bien y de buen humor; se lava silbando alegremente. Al entrar en el comedor para desayunarse ve a Fedia, que se levanta y mira a su padre con recelo.

-¿Qué tal, joven? -pregunta Gilin, sentándose-.
¿Qué novedades hay, joven? ¿Todo anda bien?... Ven, chiquitín, besa a tu padre. Fedia, pálido, serio, se acerca lentamente y pone sus labios en la mejilla de su padre. Luego retrocede y se vuelve silencioso a su sitio.

FIN

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

